

II.

EL VALLE DEL EXTRAVÍO.

Al día siguiente, antes de separarse de nosotros, nos preguntaron los frailes si teníamos algunas cartas de recomendación para su convento. Referimosles entonces que el día de nuestra partida del Cairo íbamos á dirigirnos con aquel objeto á los frailes del convento griego cuando habíamos sido detenidos por la procesion nupcial, de modo, que habíamos salido confiados á nosotros mismos y contando con nuestra buena fisonomía para que nos sirviera de pasaporte. A lo que nos respondieron los religiosos que si no los hubiésemos encontrado, las recomendaciones físicas en que descansábamos nos hubieran valido muy poco y ni aun siquiera hubiéramos entrado en el convento; pero podían ocurrir á aquel inconveniente ellos, y en cambio de nuestra hospitalidad darnos lo que nos faltaba, es decir, cartas de introduccion, mediante las que seríamos perfectamente recibidos. Dimosles gracias á nuestra vez, bendiciendo á Moisés que nos habia reunido orilla de sus manantiales. Entonces escribieron algunas líneas en griego que guardamos con tanto cuidado como hacian ellos con el firman de Bonaparte.

Habíamos pasado una noche muy mala, el cansancio no es siempre un estímulo seguro para atraer el sueño: el nuestro iba acompañado de dolores sordos en todo el cuerpo, y en algunos sitios se habían fijado de un modo cierto y agudo. Al contrario de los caballeros homéricos del Ariosto y del Tasso, que eran divididos de alto abajo, nosotros lo estábamos de abajo arriba. A medida que el trote de nuestros dromedarios era un poco mas pronunciado, sentíamos una especie de estocadas invisibles en el interior que nos obligaban á hacer gestos de condenados. Para colmo de felicidad aquel día abandonamos la orilla del mar dejando para nuestro regreso el camino de Thor y volvimos á subir hácia el Oriente, de modo que nos daba el sol de frente; por otra parte el nuevo desierto en que entrábamos era mas seco y árido todavía, si posible era, que el anterior. La vasta llanura que se extendía ante nosotros estaba dividida por zonas que corrían de este á oeste como olas, y la arena en que nuestros *haghins* se hundían hasta la rodilla era movidiza y blanquecina como cal pulverizada. A las nueve el viento se levantó; no un viento suave y fresco como el de nuestras llanuras, sino un verdadero viento del desierto cargado de átomos abrasadores, violentos y cálidos como la atmósfera de un volcan. Creyó Bechara que habia llegado el momento de dar un gran golpe; se colocó entre Mayer y yo, y para distraernos comenzó una cancion árabe: era el elogio del *haghin*. Hé aquí su estrofa mas notable:

« Este corcel es tan corredor, que se creeria que el mercurio circula por sus venas. A la vista de sus formas elegantes y esbeltas, el antilope confuso baja modestamente los ojos, el soberbio leopardo quisiera cambiar por sus piés las formidables garras de que está armado. Semejante á la tierra siempre en equilibrio, en sus movimientos no menos rápido que el agua en los desbordados torrentes, igual al fuego en ardor, y al viento en ligereza. »

Desgraciadamente, el cantor, que no podia adivinar lo que por nosotros pasaba, hacia el elogio del verdugo ante las victimas, de modo que su triunfo fué menos que in-

diano. El panegirico del *haghin* en semejantes circunstancias, no podía menos de exasperarnos, y exasperándonos volvernos injustos para con él. Nada inclina á negar las buenas cualidades de una cosa tanto como el sufrimiento que causan los males. Tanto hubiera valido cantar el ardor del sol que se desplomaba sobre nuestras cabezas, la finura del polvo en que nadábamos, y la brillante monotonía del paisaje que nos rodeaba. En efecto, nos habíamos metido en uno de los onadis mas fatalmente célebres de la peninsula; llámante el Valle del Extravío, á causa de la movable arena que forma su suelo, y cuyos continuos cambios, sometidos al capricho del viento, quitan á la caravana toda seguridad acerca del camino. Estábamos rodeados de colinas de cuya cima se desprendia el viento como una gasa de polvo cuyo abrasador encaje se extendia sobre nuestras cabezas, y que nos formaba horizontes de cien pasos de distancia; de modo que nos ahogábamos en aquellos torbellinos de arena como en crisoles hechos por la naturaleza. Al fin, cuando llegó la hora de hacer nuestra primera parada, colocaron los Arabes nuestra tienda, y esperamos tener un momento de reposo; pero el viento acre y continuo que soplaba desde por la mañana, se llevó la tienda á los cinco minutos. Hízose una segunda tentativa sin mejor resultado; la arena, agitada sin cesar, no podía sujetar los palos, y aunque hubiese podido, eran las cuerdas demasiado débiles para contener la tienda; nos vimos obligados, pues, como los Arabes, á resguardarnos á la sombra de nuestros dromedarios. Acababa de echarme al lado del mio, cuando Abdallah, que se entendia conmigo en todo lo concerniente á la comida, fué á decirme que le era absolutamente imposible encender lumbre. La noticia no era en el fondo tan mala como creia el pobre diablo; no solo no teníamos gana, sino ni aun necesidad de comer; en aquel momento un vaso de agua dulce y fresca era todo lo que ambicionábamos; desgraciadamente la de que habíamos hecho provision en los manantiales de Moisés, estaba un poco salada; este defecto, unido al olor que la habian comunicado los pellejos, y al insoportable temple

que habia adquirido durante el viaje, la har : completamente no potable. Quisimos beberla, pero su sabor nos detuvo.

En tanto continuaba el sol remontándose y estaba tan exactamente sobre nuestras cabezas, que los camellos no hacian sombra : me alejé pues algunos pasos de mi *haghin*, para librarme de aquel olor de animal montaraz, mucho mas fétido todavía con el calor; en seguida me eché en la arena, cubriéndome completamente con la manta de Bechara. A los diez minutos sentí que no podía ya soportar el calor en la parte expuesta al sol, y me volví del otro lado; esperaba que al menos cuando estuviese asado ya no padecería : en dos horas que duró la parada no dormí un minuto, y no hice mas que dar vueltas bajo mi cubierta. En cuanto á mis compañeros, ignoraba completamente lo que era de ellos, no los veía, y hubiese sido para mí una excesiva fatiga preguntar por ellos : todo lo que sabia es que bajo mi manta, hacia yo conmigo mismo como con una tortuga cocida en su misma concha.

Al fin nuestro suplicio cambió de modo de ser; fué casi un consuelo : Mohammed se llegó á advertirnos que era ya tiempo de ponernos en camino; me levanté. La arena que me habia servido de lecho estaba mojada como si hubieran vertido allí un pellejo

Montamos en nuestros dromedarios, como condenados inertes y sin voluntad, sin cuidarnos del lado hácia donde íbamos, convencidos instintivamente de que era preciso ir adelante, y nada mas : únicamente me informé de si tendríamos agua fresca á la noche; Araballah, que era el que estaba mas próximo á nosotros, me respondió que dormiríamos cerca de un pozo : era todo lo que yo queria saber.

Entretanto, el insomnio de la noche precedente, la falta de alimento, aquel estado de fusion continua en que habíamos entrado desde el Mokkatan, me daban un sueño invencible. Al principio le combatí con la idea del peligro : una caída de quince piés de elevacion, aunque fuese sobre

la arena, no presentaba ningun atractivo; pero la idea de aquel peligro no tardó en ser puramente instintiva. Una alucinacion semejante á la que yo habia experimentado se apoderó de mí; tenia los ojos cerrados, y sin embargo, veia el sol, la arena y aun el aire: solo que cambiaban de color y adquirian matices extraños. Figurábame tambien que me hallaba en un buque, y que el mar vacilante daba vueltas en derredor nuestro. De repente soñé que me despertaba y que caia de lo alto de mi dromedario, continuando este su camino; queria gritar para llamar á mis compañeros, y la voz se ahogaba en mi garganta; los veia alejarse. Intenté levantarme y correr; pero no podia tenerme en pié sobre aquellas oleadas de arena, en que me hundia como en el agua hasta sumergirme. Probé entonces á nadar; pero habia olvidado los movimientos con cuya ayuda podia sostenerme. En medio de aquel loco desvario, pasaban por mi imaginacion veloces como el relámpago, seductores recuerdos de la infancia que hacia veinte años tenia olvidados. Oia el suave murmullo de una preciosa fuente que habia en el jardin de mi padre; me tendia á la sombra del castaño que plantó el dia de mi nacimiento. Experimentaba entonces dos sensaciones completamente opuestas, y que no hubiera creido se pudiesen sentir á un tiempo: una facticia, que era la del agua y la sombra, otra real, la de la fatiga y la sed; y sin embargo, se habian confundido de tal modo mis ideas, que no sabia cuál de las dos era un sueño. De pronto me despertó un violento dolor en el pecho y los riñones; era un golpe de los borrenes de la silla, que me advertian de que realmente empezaba á perder el equilibrio. Abri los ojos con un estremecimiento de espanto: el jardin, la fuente, el castaño y su sombra, desaparecian como fantasmas; solo quedaban el sol, el viento, la arena, el desierto en fin.

Así trascurrieron muchas horas sin que pudiese calcular el tiempo con exactitud; sentí que el movimiento cesaba, sali al punto de mi somnolencia, y ví toda la caravana detenida y agrupada al rededor de Tonaleb; solo nosotros

tres habiamos permanecido en el sitio donde á nuestros camellos habia agradado hacer alto. Dirigí mi vista á Taylor y Mayer, y estaban como yo encorvados bajo aquel calor; hice seña á Mohammed de que se acercara á mí, porque no tenia fuerzas para dirigirme á él, y le pregunté qué hacian nuestros Arabes, y porqué miraban así á su rededor con aire indeciso. El Valle del Extravío acreditaba su nombre: á causa del viento y del movable horizonte que formaban las arenas no habian podido orientarse con toda seguridad, de modo que estábamos perdidos, y nuestro Palinuro, dudando de sus conocimientos, apelaba á los de sus camaradas: por fin los pareceres estuvieron casi unánimes acerca de la dirección que se debía seguir; nos inclinamos un poco á la derecha, y nuestros camellos tomaron el mas magnífico galope. Un peligro real, el de extravíarnos y carecer de agua, habia expulsado de una manera mágica, y por una maravillosa fuerza de reaccion, todos los sueños fantásticos que me agitaban desde nuestra partida; acaso la disminucion del calor entraba por mucho en aquella resurreccion. Sin embargo, aun aquella misma disminucion era origen de una nueva inquietud: el sol descendia al horizonte, y una vez llegada la noche, me parecia que debía ser mas difícil de hallar el camino. Verdad es que habia estrellas; pero si el viento continuaba, no habia medio de verlas, á través de la nube de arena que rodaba sobre nuestras cabezas.

Despues de una hora de silencio, me atreví á preguntar si estábamos muy lejos del sitio donde debiamos acampar. «Allí» me dijo, tendiendo la mano hácia el horizonte, el Arabe que galopaba junto á mí. Aquella palabra me volvió la vida; me pareció que tocaba á los pozos; por otra parte, al paso á que nuestros haghins nos llevaban, aunque fuese una distancia enorme, no podiamos tardar en llegar. Pasada una hora hice la misma pregunta á otro Arabe que me dió la misma respuesta. Ahora estaba convencido de que decia verdad, porque en aquellas dos horas debiamos haber andado seis ó siete leguas. Aun trascurrió otra hora,

y el sol desapareció con aquella rapidez asombrosa que se observa en los climas orientales. Entonces fué Mr. Taylor el que á su vez preguntó si nos hallábamos todavía lejos del pozo, y Araballah, despues de haberse orientado, nos participó que aun emplearíamos dos horas largas antes de llegar. Habia cerrado la noche; nos aniquilaba la fatiga mas bien que la sed; hicimos presente que el género de muerte nos era indiferente, pero que no pensábamos ir mas lejos. Al punto Tonaleb silbó á los dromedarios; se arrodillaron, y nos dejamos caer mas bien que bajar al suelo.

Sin embargo, el mismo inconveniente que se habia presentado en la parada anterior se ofreció en esta: apenas se colocó nuestra tienda, una ráfaga de viento la arrancó del suelo, y fué preciso correr tras de ella como se corre en los puentes de París tras el sombrero. Ya se deja conocer que los Arabes eran los que se entregaban á aquel ejercicio: por nosotros se hubiera vuelto la tienda á Suez sin hacer el mas mínimo movimiento para detenerla. Por lo demás, aquel accidente era menos doloroso esta vez que la anterior. La noche trajo, sino fresco, al menos la terminacion de aquel calor ardiente que faltó poco para que me volviese loco. Abdallah, mas feliz que por la mañana, habia hallado un fragmento de roca al abrigo del cual estableció su cocina. Nos trajo nuestro arroz; tragamos algunos granos, poco mas ó menos lo que hubiera podido comer un mirlo ó un tordo; intentamos, sin poderlo conseguir, hacerlos pasar con una bocanada de agua; en seguida nos mojamos el rostro y las manos y nos dormimos.

Estaba en lo mas profundo del sueño, y habia perdido toda conciencia de mi posicion cuando sentí que sacudian mi brazo. Me desperté al punto y en seguida pedí de beber. En respuesta de mi peticion me pusieron el cuello de mi calabaza en la mano; la llevé á mi boca precipitadamente y tragué con una deliciosa sensacion una gran porcion de agua dulce y fresca. Como no separaban la calabaza

despues de aquel primer ensayo, juzgué que podia disponer de ella enteramente y que habia agua para todos. Por tanto la vacié sin abandonarla y solo la volví al genio bienhechor que me la habia llevado hasta que estuve completamente seguro de que estaba vacía. Aquel genio era Bechara, que en cuanto vió instalado nuestro campamento habia montado en un dromedario, y solo, en medio de la noche, conducido por el instinto mas que por la vista, habia andado cuatro leguas al galope para ir á buscarnos aquella agua bienhechora al pozo á que no habíamos tenido valor de llegar.

Durante los cinco minutos que se pasaron antes que me volviese á dormir, me pareció que al ruido del viento se mezclaba otro desconocido hasta entonces; era como gemidos, gritos inarticulados, sollozos ahogados y lejanos, y pensé que continuaba bajo la impresion de la alucinacion, y volví á caer en mi sueño, momentáneamente interrumpido, sin pedir ninguna explicacion de aquel hecho. Al dia siguiente, al despertarme, no me acordaba mas que del episodio de la calabaza. Aquella noche de descanso, aquella agua fresca que habia caído sobre nosotros como un maná, la certidumbre de que nuestra calabaza estaba llena y de que no careceríamos de ella en todo el dia, nos habia vuelto las fuerzas; y al rayar el dia volvimos á montar en nuestros dromedarios, frescos, fuertes y listos. Desgraciadamente al primer paso que dieron observamos que aquella agua por milagrosa y restaurante que fuese no era la panacea universal.

Al salir el sol el paisaje habia cambiado de aspecto; durante nuestro camino de por la noche nos habíamos internado en una especie de cadena volcánica y estábamos rodeados de colinas peladas, estériles y raquíticas como las que se elevan al pié del monte Etna. Anduvimos una legua sobre aquel terreno desigual y en seguida entramos en una llanura de arena tan fina que se hubiese creído pasada por un tamiz. Hicimos alto dos horas mas pronto que de costumbre y pregunté la razon á Bechara, el cual me con-

testó que era para tener tiempo de elegir donde acampar. Esta respuesta me pareció singular, no siendo costumbre en Tonaleb tomar ordinariamente tan minuciosas precauciones.

En efecto, se apearon nuestros Arabes de sus camellos y se pusieron á buscar un sitio mirando atentamente al suelo; aquella maniobra inusitada excitó de nuevo mi curiosidad, y me puse á buscar con ellos. Viendo que no encontraba nada, llamé á Bechara y le pregunté si podia decirme lo que buscábamos; que en cuanto al sitio, el que ocupábamos me parecia tan bueno como cualquier otro, y que no veia la razon de tomarnos tan gran trabajo. Señalóme entonces sobre la arena huellas que yo no habia notado, precisamente á causa de su número: era tan extraordinario, que no se podia poner el pié sin pisar una de ellas; eran estas huellas de serpientes y lagartos, cuyos agujeros se veían de trecho en trecho abiertos como embudos. Los Arabes reconocian en aquellos vestigios, no solo á los animales á que pertenecian, sino tambien su edad, su volumen, su fuerza, y lo que era mas extraordinario todavia, si eran de la víspera, de aquella mañana ó de momentos antes; me hicieron percibir aquellas huellas, y comprendí perfectamente su teoria, con la que al cabo de algunos dias tenia yo una práctica notable. Los lagartos, por ejemplo, dejaban la señal de sus cuatro uñas perfectamente impresa, y una rayita ondeada en el sitio donde habian puesto la cola; la serpiente que se arrolla en espiral para avanzar, deja huellas paralelas é interrumpidas en todas partes donde la circunferencia de sus anillos hace cambiar de direccion la tangente que forma la arena; la gacela deja una huella ligera caprichosamente desigual, segun que su carácter alegre la ha hecho caminar á brincos ó á escapes revoltosos. Resultaba de aquel exámen que el desierto que atravesábamos estaba habitado por una numerosa sociedad, pero sumamente mezclada, y si algunos de aquellos animales eran de una vista agradable, la mayoría constituia una compañía de muy mal gusto; felizmente nos libramos de ella por el temor.

Por la noche redobláronse las precauciones. Nos detuvimos á las cinco para tener tiempo de dar una batida. Uno de nuestros Arabes persiguió á una serpiente, que mató de un sablazo antes que tuviera tiempo de morderle. Era gruesa como el puño, grosor completamente desproporcionado con su longitud, de dos piés á lo mas; lo cual, unido á su voluminosa cabeza, semejante á la de un perro, le daba un aspecto de lo mas repugnante.

La preocupacion que nos causaban las serpientes y los reptiles, predominó aquella noche sobre todo lo demás. Apenas nos ocupamos del agua y del arroz que nos sirvió Abdallah, que hasta tal punto una poderosa distraccion de la imaginacion puede influir en las necesidades del cuerpo. Por mi parte dormí mal; me parecia continuamente que sentia deslizarse bajo mi alfombra uno de aquellos asquerosos reptiles redondos y cortos, que parecian gigantescas orugas. En medio de la noche oí aquel mismo extraño ruido que ya habia llamado mi atencion en la anterior parada; sin embargo, imposible era ya en aquel momento atribuir aquellos gemidos y aquellos gritos y ahogados sollozos á los quejidos del viento perdidos en la inmensidad. Ni el menor soplo de viento se sentia. Me levanté para preguntar á uno de los Arabes acerca del fenómeno nocturno; pero dormian todos tan profundamente junto á los camellos que no tuve valor para despertarlos; me volví á echar en mi alfombra. A los pocos momentos venció mi cansancio y me dormí hasta el dia siguiente.

Continuamos la marcha antes de amanecer. Cuando salió el sol habíamos dejado la llanura de las serpientes y entrado en una *ouaddi*, nombre que dan los Arabes á los mil valles que surcan la península del monte Sinai; á medida que avanzábamos, las colinas adquirian mayores proporciones. No eran desigualdades volcánicas como las primeras que habíamos encontrado, sino verdaderas montañas calcinadas por el fuego. Veíamos á veces en las laderas anchos surcos de lava roja ó negra; no pudimos aproximarnos lo bastante para distinguir la causa de aquella dife-

rencia de color en la materia, solidificada hacia siglos. De aquel valle pasamos á otro, cuya abertura, que tiene la forma de una V, está tallada en una montaña; aquellas paredes naturales, que van ensanchando, son completamente lisas y seguidas, como si dos hachas gigantescas las hubiesen cortado de un solo golpe. Una de las paredes está cubierta de caracteres profundamente incrustados, que bien podría ser una de esas inscripciones de que habla Herodoto que Sesostris hizo grabar á su paso cuando volvió por el país de Ophir de su expedición al mar *Eritreo*. Preguntamos á nuestros Arabes, pero ignoraban como nosotros la mano potente y victoriosa que había dejado á su paso algunas líneas de su historia escritas en aquella página de granito.

Ya no era fácil extraviarse: cada montaña, cada pico, era una mira en que nuestro guía podía reconocer el camino. Tonaleb nos anunció á eso de las tres de la tarde que nos aproximábamos á un pozo. En efecto, los dromedarios, sumamente alegres, abandonando su aire de indiferencia para adquirir una expresión de sensualismo, levantaban de vez en cuando la cabeza, y parecía que olfateaban de lejos su frescura. Al volver una montaña, partieron por sí mismos al galope, y trascurridos diez minutos de una velocísima carrera, llegamos á una excavación como de veinte pies de diámetro, á la que se bajaba por una pendiente suavizada por lo mucho que era frecuentada. Al aproximarnos, una nube de mosquitos tan espesa que parecía humo, huyó dejando libre el paso; al punto nuestros haghins, desmintiendo su reputación de frugalidad, se precipitaron, á pesar de nuestros esfuerzos, en el agua, que en vano queríamos, en nuestra cualidad de bípedos, conservar para nosotros, é inundados de sudor como estaban se lavaron del polvo y arena que los cubría; de modo que cuando quisimos beber, el manantial estaba cubierto de pelos, y tenía ojos como el caldo; además, el fango removido con los pies había subido á la superficie. Le dejamos posarse, pero fué inútil: el agua había conservado

un olor insoportable de animal montañés, que la hacía casi no potable á cualquiera que no fuese amigo íntimo; así los Arabes no sintieron ninguna repugnancia, y bebieron de aquella agua como si ningún accidente hubiese alterado su pureza.

Es raro que alguna familia beduina y aun alguna tribu entera no habite en las inmediaciones de estos pozos; lo que hace en la Arabia el oficio de ladrón tan cómodo y poco cansado. Los industriales del desierto no tienen más que emboscarse en las inmediaciones de los manantiales y las fuentes, y están seguros de que todos los peregrinos que por allí pasen se verán obligados á ir á apagar su sed en sus aguas. Con varitas fuertes untadas en liga consistente, se cogían allí los viajeros á la manera de gorriones.

Como Tonaleb había elegido aquel sitio para nuestra estación de la noche, y conocía perfectamente los peligros y ventajas de tal campamento, envió á Bechara y Araballah de descubierta. Volvieron al cabo de una media hora, anunciando que una tribu de beduinos pastores estaba acampada como á distancia de media legua de nosotros. Apenas acababan de hablar, apareció un Arabe conduciendo un carnero. Dió Bechara algunos pasos para salir á su encuentro, y entonces comenzó el saludo del desierto entre aquellos dos hombres; este saludo es el mismo que en todas partes y siempre; Bechara fué quien comenzó:

- ¡ Salud para tí !
- ¡ Cien veces para tí, salud !
- ¿ Sigues bien ?
- Sigo bien.
- ¿ Y tu mujer ?
- Muy bien.
- ¿ Y tu familia ?
- Muy bien.
- ¿ Y tus criados ?
- Muy bien.

— ¿Y tu dromedario?

— Muy bien.

— ¿Y tus rebaños?

— Muy bien.

Entonces Bechara tendió la mano al extranjero; al estrecharse cambiaron las señales de una especie de masonería del desierto; y al punto fué el extranjero el que recitó la serie de preguntas dirigiéndoselas á Bechara, el cual respondió exactamente del mismo modo.

Aquel saludo extraordinariamente prolongado, como se ve, parecerá al habitante de las ciudades una singular intemperancia del lenguaje; pero preciso es decir en honor del mutismo oriental, que una vez terminada aquella conversacion, dos verdaderos creyentes darian la vuelta al mundo sin dirigirse mas la palabra. Citaré un ejemplo de esa discrecion que viene en apoyo de lo que digo. Un célebre poeta de Bagdad oyó alabar tanto á uno de sus colegas de Damasco, que resolvió hacer un viaje allá para juzgar por sí mismo si su rival merecia la reputacion que gozaba. Púsose, pues, en camino y despues de dos meses de viaje, llegó á su casa. Despues de los saludos de costumbre, le expuso el objeto de su visita. El habitante de Damasco tomó entonces el manuscrito de una historia que iba á escribir y leyó algunos fragmentos de ella á su huésped. Este lo oyó en silencio; despues, cuando hubo acabado le dijo: — Sois el mas grande escritor en prosa.

— En seguida se levantó sin querer detenerse mas tiempo, montó en su dromedario y emprendió otra vez el camino de Bagdad. A poco tiempo de esto el ciudadano de Damasco creyó que á su vez estaba en el deber de volver á su colega de Bagdad la visita que de él habia recibido. En consecuencia, se puso en camino, y empleando el mismo tiempo llegó á la morada del Aristarco que le habia dado ya su parecer acerca de su prosa. Este le recibió silencioso, pero como á un antiguo conocido, le hizo sentar y se preparó á escucharle, porque el recién llegado, por no hacer malgastar los momentos á su huésped, acababa de sacar

del bolsillo poesias manuscritas recientemente terminadas y de las que leyó al punto algunos trozos. Su huésped le escuchó con tanta atencion como habia hecho en Damasco, y terminada la lectura, dijo únicamente, continuando su frase suspendida seis meses hacia: « Y en verso. »

Despues de lo que se separaron sin dirigirse una palabra mas.

Llevaba el Arabe el carnero para vender, lo cual nos agradó sobremanera: hacia seis ú ocho dias que no habiamos comido carne fresca. Le pusimos en ajuste, pero el Arabe no quiso dejarle en menos de cinco francos. Tuvo que confesar Bechara que era muy caro, y que su compatriota abusaba de nuestra posicion, posible era: no obstante se cerró el trato con gran satisfaccion de ambas partes.

Hubo al momento alegría y regocijo en la caravana, porque ignoraban que nosotros tres solos no nos comeriamos el animalejo. Todos pusieron manos en la obra, esperando cada uno trabajar mucho para sí, trabajando un poco para nosotros: los unos se dirigieron á donde se hallaba la tribu á buscar repuesto de leña, comenzando á agotarse la nuestra; los otros degollaron el carnero y trazaron con su sangre grandes cruces sobre nuestros camellos, á fin de conjurar el mal de ojo, y hacer al dia siguiente con aquella señal ante las tribus que encontrásemos, honor al generoso jefe de la caravana, que no habia retrocedido ante el coste de semejante festin. Entretanto volvieron los leñadores cargados de leña y de diferentes ingredientes que nos faltaban. Encendieron un gran fuego; despues de presidir aquello, me volví hácia el carnero; Bechara que habia destronado á Abdallah, y le habia quitado interinamente el cuchillo de cocina, habia abierto y vaciado el vientre de animal y se le rellenaba de dátiles, pasas, manteca, mermelada de albaricoques, arroz y plantas aromáticas. Terminada aquella especie de trufado, le volvió á coser con mucho cuidado la piel, y en seguida, separando los pedazos de leña encendidos, le colocó en el centro de la hoguera y

le cubrió de ceniza y brasas, como se hace con una castaña ó una manzana; pero aproximó la leña encendida, á fin de que el círculo inflamado rodease el centro con un complemento de calor. Pasados algunos instantes, sacaron el carnero de aquel brasero y le dieron vuelta; en fin, al cabo de una hora próximamente, el cocinero, juzgando ya en punto su asado, le sacó del fuego, y le sirvió en una enorme hortera. Ocupamos nuestro puesto al rededor, é invitamos á que se sentaran junto á nosotros, para honrarles de aquel modo y que nos dieran al mismo tiempo una leccion sobre el modo de comer aquel manjar homérico, á Tonaleb, Bechara y Araballah. Tonaleb sacó con gravedad su puñal, abrió el ventre de un solo golpe, metió en él la mano derecha, y sacó un puñado de aquella composicion macedónica fragante de que le habian relleno con gran extrañeza nuestra; en seguida la acercó á nuestra nariz para hacernos gozar por el olfato antes de llevarlo á su boca. En tanto la abertura del carnèro humeaba como la boca de un cráter; no me detuvo aquello, y siguiendo el ejemplo de Tonaleb, metí tambien mi mano: desgraciadamente nuestro cutis no era de la misma naturaleza: no bien cogí mi puñado de alimento, sentí que me quemaba horrorosamente. Le llevé apresuradamente á mi boca para desocupar la mano, y lo tragué sin sacarle gusto para desocupar la boca; de modo que de un mismo golpe me quemé la mano, la lengua y el estómago. Permanecí un momento inmóvil, y con los ojos cerrados para pasar el dolor. Al fin se apagó el fuego interior, y salí del paso con la quemadura de la mano y del paladar. Mi ejemplo enseñó á los demás, y por medio de algunas precauciones, libraron con pocas quemaduras.

Cuando recobré bastante sangre fria para examinar la continuacion de la operacion, ví que Tonaleb se disponia á pasar del ataque interior al exterior. Con grande admiracion mia, volvió á meterse el puñal en el cinto como un mueble que ya es inútil, é hincando las uñas en la parte superior de una costilla, lo mas cerca posible de la columna vertebral, separó la carne del hueso, con tanta habilidad como hubiera

podido hacerlo el mas diestro cortador; llegó despues Bechara, hincó la uña en la costilla inmediata, y sacaron la carne siguiendo el mismo método y con la misma delicadeza; en seguida Araballah, que probó que era digno de sus predecesores: hicimos tambien nuestro ensayo, pero desde luego nos persuadimos que era preciso renunciar á aquel medio si queríamos sacar nuestro contingente: recurrimos, pues, á nuestros puñales, y nos servimos tan bien de ellos, que al fin sacamos excelente partido: cuando ya lo juzgamos bastante, pasamos la hortera á Mohammed, Abdallah y los doce Arabes, quienes se arrojaron sobre la armazon y se pusieron á tirar cada uno de su lado; de modo, que á los veinte minutos no quedó ya mas que un blanco esqueleto, limpio y liso como el marfil, completamente digno de colocarse en un gabinete de anatomía comparada.

La alegría de los convidados no tuvo limites. Púsose Bechara á cantar, con un tono lento y cadencioso, versos de un poeta árabe llamado Bedr-Ebn-Din. Era una especie de invocacion á la noche dividida en estrofas; una de ellas dará una idea de la poesía entera:

La noche es manantial intermitente;
De ellas el bien ó el mal el hombre saca.
Pasa por él la vida sin notarlo,
Y unas á otras aquellas se suceden.
¿Es infeliz? eternas le parecen.
¿Es feliz? cree muy corta aun la mas larga.

Esos versos eran acompañados por los gestos de los Arabes que repetian el ritornelo á coro. A la última estancia se oyó un nuevo quejido. Era el ruido lejano que yo habia oído las dos noches anteriores, semejante al principio al murmullo del viento, pero que aproximándose tomaba un carácter extraño y lúgubre: empezaban oyéndose como gemidos lejanos y sordos, en medio de los que se percibian al punto lamentaciones lentas y dolorosas, interrumpidas por sollozos prolongados y gritos penetrantes y terribles. Se hubiera dicho que eran gritos de mujeres y de niños á quienes de-

gollaban. Confieso que se apoderó de mí un terror profundo. Creí que era atacado el khan vecino y que oía los gritos de agonía de los moribundos. Llamé á Bechara.

— ¡Ah! me dijo, ¿son esos los gritos que os inquietan? no es nada. El viento ha llevado el olor de nuestro carnero y le ha esparcido á nuestro alrededor, y por eso los chacales y las hienas vienen á pedirnos su parte. Pero felizmente no queda ya mas que el esqueleto. No tardareis en oírlos todavía mejor, y no solo los oíreis con mas claridad, sino que añadiendo algunos trozos de leña al fuego podreis verlos correr cerca de nosotros.

Seguí el consejo de Bechara, por dos razones: la primera porque sabia que el fuego aleja los animales feroces; la segunda porque en último resultado no sentiria conocer á los nuevos personajes con quienes teníamos que habérnoslas. En efecto, no bien hubo bastante llama para iluminar un circuito de sesenta pasos, vimos al extremo de la claridad en la penumbra, apareciendo para desaparecer y desapareciendo para volver á aparecer otra vez, á los ejecutantes del concierto que hacia tres noches me preocupaba de tal manera. En aquel momento daban vueltas á nuestro alrededor á tiro de escopeta, aullando de tal manera, que se hubiese dicho se excitaban mutuamente para atacarnos, haciendo punta tan avanzados en el círculo iluminado, que no solo distinguíamos los chacales de las hienas, sino que veíamos erizarse las cerdas del lomo de las últimas. No teníamos mas que pistolas, sables y puñales, y confieso que la idea de combatir cuerpo á cuerpo con semejantes adversarios, me agradaba poco. Llamé por tanto á mi amigo Bechara para preguntarle qué deberíamos hacer en caso de un asalto. Mas me respondió que no habia ningun peligro de ello, y que nuestros enemigos se mantendrian siempre á una distancia respetuosa del campo, mientras que por el contrario, si hubiese junto á nosotros un cadáver, fuera de hombre ó de animal, nada les detendria, y en este caso lo mejor que habria que hacer seria arrojársele á alguna distancia y abandonársele, con lo que nos dejarían tranquilos. Pensé en el

desventurado carnero, que habíamos disecado, y volví mis ojos hácia él. Pero me tranquilicé al ver que no era ya un cadáver, sino un esqueleto. Se me ocurrió por un momento la idea de arrojársele tal como estaba; pero me detuvo el temor de que lo tomasen como una chanza de mal género, y que nos pidiesen cuenta de ella.

En cuanto á los Arabes, aquella circunstancia parecia serles completamente indiferente. Hicieron todos sus ligeros preparativos para pasar la noche; en seguida se tumbaron fraternalmente como de costumbre al lado de sus camellos. Solo uno quedó colocado de centinela y continuó velando, mucho mas á mi parecer por los vecinos de dos piés que por los rondadores de cuatro patas.

Nosotros volvimos á entrar en nuestra tienda, y nos tendimos sobre nuestras alfombras. Todavía por algun tiempo conversamos acompañados por aquella música infernal; por último, la fatiga venció á la inquietud, se cerraron nuestros ojos á pesar nuestro, y nos dormimos con tan profundo sueño, como si hubiésemos sido arrullados por una serenata ó una sinfonía.